



narrativasextopiso

J. R. ACKERLEY

Mi hermana y yo

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE ANDRÉS BARBA

Mi hermana y yo

Mi hermana y yo

J. R. ACKERLEY

EDICIÓN, NOTAS Y EPÍLOGO DE FRANCIS KING

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE ANDRÉS BARBA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
My Sister and Myself

Copyright: © J. R. Ackerley Trust, 1990

Primera edición: 2013

Fotografía de portada
RICHARD SHONE

Traducción y prólogo
© ANDRÉS BARBA

Epílogo
© FRANCIS KING

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2013
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Camp d'en Vidal 16, local izq.
08021, Barcelona, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-19-7
Depósito legal: M-2337-2013

Impreso en España

ÍNDICE

| | |
|--------------------------------|-----|
| Prólogo <i>Andrés Barba</i> | 9 |
| Mi hermana y yo | 11 |
| Epílogo <i>Francis King</i> | 267 |

PRÓLOGO

Sartre comentó en una ocasión, y con especial lucidez, que uno de los privilegios del amor era el de poder sentir la soledad ajena con la misma intensidad que si se tratara de la propia, una frase que cualquier persona enamorada podrá suscribir de inmediato, pero no es menos cierto que esa frase también podría decirse, sin la intervención del amor en este caso, de muchos de nuestros familiares, especialmente de los más cercanos, y muchas de esas veces no precisamente como un elogio, sino como un auténtico infierno. Dos personas que se detestan pueden verse condenadas a estar juntas por muchos más motivos de los que se podría creer a primera vista, y en el fondo de todo gran odio existe también, qué duda cabe, una impetuosa fascinación. Estos diarios editados por Francis King son una de las demostraciones más impresionantes (para encontrar paralelismos en la literatura testimonial uno tendría que recurrir a nombres como Pavese, Thomas de Quincey o Cheever) en los que el más común y ordinario de los temas (la relación con una hermana a la que se detesta) puede convertirse en el más hipnótico *tour de force*. Ackerley es uno de los mejores escritores autobiográficos del siglo, su fama es discreta pero basta leer uno de sus libros para que la pregunta surja entre signos de exclamación: *¿Cómo es posible que nadie me hubiese hablado antes de él?! Tan misterioso, cabría decir, como que este libro continuara inédito todavía en español a pesar de ser uno de los testimonios más escalofriantes sobre cómo se articula nuestro mundo sentimental en torno a los vínculos de familia.*

Quienes conozcan la obra maestra de Ackerley, *Mi padre y yo*, podrán estar en este instante haciéndose una idea

aproximada de lo que van a encontrarse en estas páginas. A ese tono maravilloso, rotundo, inteligente y frontal como una apisonadora de las mejores páginas de Ackerley tendrán que añadirle en este caso un plus de intensidad: el de la inmediatez con respecto a los hechos con los que fueron escritos estos diarios y la no menor inteligencia con la que los editó su amigo y albacea Francis King. Me he tomado la libertad de utilizar el prólogo que hizo Francis King a la primera edición como epílogo de esta primera edición en español por dos motivos: el primero es porque habla, precisamente, de la muerte de Ackerley, y el segundo es porque ofrece una inédita perspectiva de la hermana de Ackerley, Nancy West, a quien con tanta intensidad se describe aquí. Sobra decir el pudor que he sentido a veces al traducir algunas de estas páginas, una experiencia nada común para alguien que se dedica a traducir con frecuencia. Por momentos era como estar tocando, literalmente, la superficie informe y cálida de unos sentimientos que estaban forjándose en ese instante preciso y que resonaban de una forma tan intensa, envolvente e incommunicable como la soledad de la persona que amamos. Como dijo Lichtenberg: «Quien tenga dos pantalones que venda uno y se compre este libro».

ANDRÉS BARBA

MI HERMANA Y YO

20 de agosto, 1948

He estado pensando en mi madre.¹ Supongo que sus relaciones humanas fueron insatisfactorias. Siempre tuvo inclinación por los perros y volcó sobre ellos su amor casi hasta el final. Mi padre había muerto, mi hermana y ella nunca se entendieron del todo, yo la abandoné y acabó su sensible existencia en una casa en la que lo único que había era un ama de llaves y una sucesión de sealyham terriers. A ellos les prodigó todo su amor y sus cuidados. Por mi parte veo que he acabado haciendo lo mismo. Es más, a veces me descubro con mi perra utilizando las mismas frases —es como si florecieran en mis labios— que ella utilizaba en sus reproches y en sus momentos de ansiedad. Veo que hasta en esto he acabado regresando a ella. Tal vez se deba a algún tipo de fracaso psicológico en nuestra naturaleza, pero está claro que los dos nos hemos declarado incapaces para las relaciones humanas y hemos terminado dándole nuestro amor a los perros. Los perros suelen atraer a los corazones de los inadaptados y los poco queridos, y al igual que la última sealyham terrier de mi madre, Barbara, acabó convirtiéndose en el ser más próximo a su corazón, mi perra Queenie² lo ha acabado siendo para el mío. Mi conciencia me lleva a afrontar ese triste pensamiento. Defraudé a

1. Gianetta (Netta) Ackerley, nacida Aylward, 1869-1946.
2. Queenie, su perra pastor alemán, nacida en 1945 y protagonista de *Mi perra Tulip* (1956) y, bajo el nombre de Evie, de *Vales tu peso en oro* (1960). Con extrema renuencia Ackerley aprobó su sacrificio en 1961, cuando ya estaba tan consumida que apenas podía ponerse en pie y sufría hasta tal punto de incontinencia que Ackerley se pasaba el día de rodillas limpiando sus orines y excrementos.

mi madre. Sé que le hubiese gustado que viviese con ella pero siempre fue demasiado discreta y demasiado buena persona como para reclamarme semejante cosa. Era un encanto, pero también una parlanchina agotadora. Con toda seguridad habría acabado siendo brusco con ella, me habría vuelto loco en su compañía. ¿Quién puede esperar que los jóvenes y los viejos vivan juntos?

Su vida estaba llegando a su fin y la mía no había hecho más que empezar. Eludí sus discretas peticiones y me trasladé a una casa para mí solo, abandonándola a la suerte de su ama de llaves y su perra. Aun así solía ir a visitarla con regularidad, una o dos veces a la semana, y no dejé de hacerlo hasta que falleció. Sí, creo que nos gustábamos el uno al otro, pero como se gustan dos personas que no son capaces de tener una percepción inteligente y clara del corazón de la persona que tienen enfrente. Yo sé que su amor por mí contenía una buena cantidad de asombro; aquel alto y amado —oh, tal vez demasiado amado— hijo suyo. Ella misma no era muy inteligente. Era infantil, alegre, sentimental, romántica, y mi amor por ella se parecía al que se le tiene a una niña parlanchina, coqueta, dulce y un poco cansina. «¿Me quieres un poquito?», solía preguntar, cuando en realidad lo que le habría gustado preguntar era, sencillamente, «¿Me quieres?». Eso la habría avergonzado demasiado, habría sido demasiado solemne, aunque era lo que le hubiese gustado saber. Nunca me la tomé lo bastante en serio. Ojalá lo hubiese hecho.

Aquella fue la época en la que comenzó a apagarse y a perder facultades y yo entendí enseguida que estaba a punto de perderla y empecé a darle a manos llenas todo el amor que siempre había deseado. Apenas pudo darse cuenta porque estaba demasiado debilitada, pobrecita mía. ¡De qué manera me convertí de pronto en una persona afectuosa y demostrativa, cómo la besaba desde lo más profundo de mi amor y mi remordimiento por no haberle demostrado antes todo aquel afecto! Pero ella había perdido ya la conciencia necesaria para disfrutarlo. Barbarita había ocupado mi lugar, de la misma forma que

Queenie se volvió en mi vida la depositaria de todo el amor que no he sabido dar y mantener en los seres humanos. Mi madre y yo. Barbarita dormía en su cama, igual que Queenie lo hace en la mía, y tenía la costumbre de gruñir cada vez que ella se movía durante la noche. A mi madre no le preocupaba, ni siquiera le importaba que la perra le mordiera cada vez que la despertaba. Mi madre y yo. Si Queenie se vuelve así de malhumorada al final de mi vida creo que a mí tampoco me importará demasiado. Habré hecho entonces el mismo camino. Ella solía hablar mucho con su perra, yo hablo sin parar con la mía. A veces me doy cuenta de que la gente me mira asombrada por la calle; es porque estoy charlando con Queenie y ni siquiera me doy cuenta. Mi madre y yo.

30 de septiembre, 1948

Hoy Queenie me ha mordido la mano. Creo que en cuanto se ha producido el accidente se ha quedado espantada de lo que acababa de hacer. Antes de que me diera tiempo a reprochárselo ya se había tirado al suelo, no me cabe duda de que lo ha hecho porque había olido y probado la sangre que me goteaba en la mano. Yo me he enfadado y alterado mucho, y le he dado varios golpes en el hocico, luego hemos vuelto a casa para lavarme y curarme la herida. Ella ha seguido por el pasillo directamente hasta mi habitación en penumbra y se ha quedado allí. No ha venido a cada rato, que es lo que habría hecho en un día corriente, se ha limitado a escucharme ir de un lado a otro por toda la casa (en busca de vendas, tijeras, etc.). Al terminar de curarme la herida me he mareado un poco y me he sentado en el inodoro para descansar. Sólo entonces ha venido. Parecía muy triste y ha puesto sus patas delanteras con mucha delicadeza sobre mi regazo, se ha erguido delante de mí, me ha olido la cara y luego me la ha lamido. Yo la he acariciado y le he dicho que no pasaba nada. Me sentía espantosamente mal por haberle pegado. Luego la he sacado a dar un pequeño paseo para que pudiera cagar. Había perros merodeando por ahí, así que le he puesto la correa. Aun así nos han seguido todo el camino

de vuelta, hasta la puerta. Queenie les ladraba y luego se volvía hacia mí como si me preguntara: «Eso es lo que quieres, ¿no?» . Me quiere tanto. Para ella ha debido de ser espantoso darse cuenta de que me ha herido.

4 de octubre, 1948

Una marea muy fuerte ayer por la noche. El agua llegó a cubrir la carretera casi hasta los edificios del otro lado. Los cisnes se fueron flotando hasta la calzada, más allá de la barandilla de la ribera. Era muy extraño verlos allí flotando y nadando por la carretera y la calzada. Se pusieron en fila y finalmente consiguieron encontrar unos escalones de madera que les llevaron de regreso al agua.

9 de octubre, 1948

Esta mañana Kingsmere³ ha amanecido nublado. El mundo se terminaba en el cinturón de árboles como si hubiese sido delicadamente delineado a lápiz, como en un grabado japonés, contra una pantalla de una enorme blancura. El sol comenzaba a salir y su luz le daba a la niebla una especie de condición incandescente. En mitad de la plateada neblina los cisnes blancos parecían una emanación delicadamente bosquejada en ese velo indefinido que componían el agua y el cielo. Había túneles de humo y luz grisácea que se adentraban en el bosque convirtiéndolo en un lugar encantado, como si persiguieran las sombras de los árboles entre los claros cubiertos de hojas doradas que habían caído de las ramas.

12 de octubre, 1948

Esta mañana ha cazado una ardilla en el parque de Wimbledon. Ha habido una pequeña explosión de ladridos y luego el silencio. Yo he vuelto sobre mis pasos para ver qué había sucedido. Estaba junto a unos grandes árboles, castaños y hayas, sobre un suelo cubierto de hojas muertas de color limón,

3. Lago en el parque de Putney al que Ackerley solía ir a pasear con Queenie.

dorado y rojo, los primeros clamores de la muerte otoñal. La ardilla era gris y estaba muerta, junto a sus patas. Sobre aquella belleza caída, rojos, brillantes y diminutos borbotones de sangre, como rubíes. Un día precioso, un claro de bosque encantado y en mitad de todo aquello la muerte en toda su belleza. Eran hermosas las hojas caídas, la ardilla muerta (sus manitas casi infantiles todavía se abrían y cerraban), eran hermosas las manchas de sangre como rubíes, y hermosa era mi bestia alsaciana, negra y marfil, recortada sobre los helechos verdes y dorados.

Durante un rato llevó con nosotros la ardilla muerta, luego la dejó sobre el suelo y la abandonó allí. Una muerte gratuita... una muerte sin sentido.

15 de octubre, 1948

Esta noche he llevado a la vieja tía⁴ que vive conmigo (tiene ochenta años) a cenar a Bertorelli. Yo llevaba una camisa desabrochada, unos viejos pantalones de pana y sandalias, una indumentaria perfectamente apropiada para el destartalado lugar al que íbamos. Mi tía, como es habitual, iba de punta en blanco; con un sombrero negro de pastora, el pelo recogido con horquillas y una redecilla blanca, unos guantes largos de cabrito de la época de Eduardo VII (se tarda aproximadamente un minuto en meter cada dedo en ellos y más o menos otro minuto para sacarlo), una esclavina de piel (a pesar de que la noche era calurosa), una chaqueta negra y un vestido con un delicado bordado blanco y un pañuelito que probablemente había pasado horas lavando y planchando y con el que se había

4. Se trata de Bunny, murió en 1961. La hermana menor de la madre de Acklerley, con la que él vivió quince años. Tuvo cierto éxito como *mezzosoprano* en conciertos líricos y en la ópera, pero al final acabó dedicándose a la comedia musical. Se casó en primeras nupcias con un jugador, Randolph Payne, y en segundas con un médico alcohólico, Hodgson Chappel Fowler, a quien Acklerley odiaba especialmente. Solía decir: «Reconozco que me he equivocado a la hora de escoger a los hombres, pero no es menos cierto que me lo he pasado maravillosamente».

hecho un lazo en la garganta. Queenie ha venido con nosotros y su curiosidad me ha obligado a una conversación con la propietaria del lugar, una italiana atractiva y de piel morena de unos cuarenta años. Acaba de llegar de Italia, es la primera vez que viaja a Inglaterra. Yo he sentido ganas de saber más acerca de ella, sobre la Italia de posguerra y sobre la opinión que tenía de Londres. No hemos estado en el restaurante más de cuarenta y cinco minutos y éramos los únicos clientes. Durante ese tiempo mi tía se las ha apañado para poner a la propietaria al corriente de todos los acontecimientos esenciales de su vida. La palabra «Italia» la ha hecho empezar a hablar de ópera y le ha puesto en bandeja comentar (aunque también lo habría hecho si no hubiese venido a cuento en absoluto) su talento para cantar cuando era joven. También le ha recordado a Mrs. Ferrini, con quien se solían alojar ella y su marido, y a Quadrucchio, el comerciante de vino de Carshlaton, lugar en el que vivió los años que cuidó a mi madre. Después de explayarse sobre esos dos períodos de su vida ha terminado comentando lo del idioma español, y es que —al igual que el italiano— lo ha aprendido de forma autodidacta, y de ahí hemos viajado a Sudamérica. Nos ha hecho un prolijo recuento de todos los recuerdos de su visita. Los ochenta, los noventa, sus experiencias entre «salvajes» y las lágrimas que consiguió arrancarles a los leñadores en una ocasión en la que cantó para ellos. Como de menú sólo había algo de pescado, eso es lo que hemos pedido, cosa que le ha recordado a mi tía su vieja habilidad con la caña y el sedal. Finalmente ha acabado confesando su edad —«Tengo ochenta años»— y se ha quedado encantada con la exclamación de asombro que había estado tratando de provocar por todos los medios: «¡Vaya sorpresa! Nadie lo diría por su aspecto». Y luego, a la camarera: «Esta dama dice que tiene ochenta años...».

En fin, había sacado a la vieja dama a pasear para que disfrutara y, aunque la he interrumpido cuando me ha parecido que ya lo había pasado lo bastante bien, creo que la noche puede considerarse todo un éxito. ¿Seré yo también así cuando

sea anciano? ¿Hablaré sin descanso de todos los éxitos de mi vida, de mis libros, de lo guapo que era cuando era joven, de mis amantes? No creo. Creo más bien que se trata de un defecto femenino. Las mujeres son naturalmente vanidosas y egocéntricas, lo único que les interesa son ellas mismas y lo que la gente opina sobre ellas. Que se vanaglorien de su vida cuando son ancianas es lo que puede esperarse de la mayoría de ellas. También mi madre era igual; me acuerdo de lo de sus reseñas teatrales, entonces perdidas ya, ¡la lata que dio con el tema! Al menos mi hermana no podrá hacer nada por el estilo porque no ha triunfado en nada, sólo ha acumulado fracasos de todo tipo. Lo lógico sería que acabara como una vieja quejicosa, no creo que se atreva a vanagloriarse de nada.

18 de octubre, 1948

He llevado a Queenie a los jardines de Barnes esta mañana en tren. Nunca la había llevado hasta allí de esa forma; hace que la caminata pase de prosa a poesía. Le dejan a uno en mitad del parque. A través de una entrada de piedra, como una entrada a un castillo o a una iglesia, se emerge en mitad de un bosque de hayas y castaños, en pleno campo. Es maravillosamente romántico y el placer comienza incluso antes de llegar a la estación porque hasta en mitad del andén hay un árbol enorme. Está sólo una estación más allá de Putney, a cinco minutos, y muchas veces he pensado lo que me gustaría que ésta fuera mi estación, descender en verano en mitad de esa sombra verdosa y refrescante, y en otoño, como ahora, ser recibido por el maravilloso olor de las hojas caídas que forman una gruesa alfombra sobre el suelo. Ésta era la estación en la que mi padre⁵ se bajaba clandestinamente de cuando en cuando, algunas tardes de sábado o de domingo viniendo desde Richmond, donde vivimos hasta su muerte, en 1929. Venía aquí porque tenía una segunda familia de la que no sabíamos nada; una amante y tres hijas que vivían en Sheen, en los límites del parque. Cuando

5. La historia se relata en el libro *Mi padre y yo* (1968).

pensaba que podía hacerlo sin levantar sospechas se llevaba a los perros «a dar un paseo». El paseo era hasta la estación de Richmond, luego en tren hasta Barnes, un par de paradas más allá. Nadie se daba cuenta de nada. Nadie sospechaba lo más mínimo. Y aquí emergía en esta estación, aquel hombre alto y distinguido, y daba un paseo hasta la casa en la que vivían su amante y sus tres hijas. Las chicas no sabían que aquel hombre era su padre. No lo supieron nunca mientras él vivió. Pensaban que era un tío suyo, el tío Bodger. Su nombre real era Roger. Fue un hombre extraño. Yo le quería y también me daba algo de miedo. Me habría gustado conocerle mejor. Solía comprarles regalos a las chicas, quienes en aquella época estaban en el comienzo de su adolescencia. Estaban solas y le adoraban. No me cabe duda de que en verano se iban de *picnic* a los prados, que le adornaban el sombrero con flores y que cuando se marchaba le miraban hasta que desaparecía de la vista con todas aquellas flores en la cinta del sombrero, las mismas flores que tendría que sacar y tirar antes de regresar a casa con nosotros, para que no resultara sospechoso aquel adorno tan festivo. Nosotros. Todas estas cosas sucedieron entre 1914 y 1918 cuando mi hermano y yo estábamos en la universidad y en la guerra. Fuera como fuera continuó sosteniendo a aquella otra familia primero en Sheen y luego en Castelnau, Barnes, hasta que murió. Cuando agonizaba en Southsea ninguno de nosotros sospechaba nada. Lo dispuso todo de una manera muy inteligente. Parecía vivir de acuerdo con una rutina estricta, la rutina a la que nos tenía acostumbrados, nos tenía acostumbrados a estar siempre donde se suponía que tenía que estar y aun así tuvo una doble vida de la que nunca nadie tuvo noticia con excepción de sus colegas de la oficina y, más tarde, su chófer cuando se quedó inactivo y tenía que llevarle desde Castelnau hasta casa. ¿Por qué consideró adecuado ocultarlo? A todos se nos había educado con inteligencia. Todos nosotros le queríamos. Todo el mundo le quería. Nadie de su verdadera familia —la mía— se habría molestado, mi madre, estoy convencido, no se habría molestado ni lo más mínimo.

21 de octubre, 1948

¿Qué haría si un día me encontrara frente a un asesinato? Es algo que me suelo preguntar a veces cuando paseo con Queenie por alguna de esas partes del parque en las que no suele haber casi nadie. El parque es un lugar muy apropiado para un asesinato, también para un suicidio... El hombre lujurioso y enfadado que descubre que al fin y al cabo ni siquiera ha tenido un mal alivio sexual... ¿Qué haría yo, me pregunto, si de pronto percibiera un olor desagradable —cosa que suele ocurrir— y siguiendo el rastro me encontrara con el cadáver de una mujer estrangulada? No haría nada. Tal vez hasta cubriría el cadáver con un manto de hojas secas para darle más oportunidades de escapar al asesino. Desde luego no lo denunciaría. Ha habido momentos en mi vida en los que he albergado deseos de asesinato. Jamás querría convertirme en cómplice de que cazaran a nadie.

22-26 de octubre, 1948

Estoy en Worthing con Queenie, he venido a hacer una visita de cuatro o cinco días a mi hermana Nancy. Encontró un alojamiento para nosotros con ciertos inconvenientes —uno en concreto: la casera odia a mi pastor alemán— y fue a recogerlos a la estación. Nos las apañamos para viajar en primera con billetes de tercera: fue un viaje agradable en un tren vacío y poco problemático.

Nada más llegar se puso a contarme una bronca que había tenido con su casera, Mrs. Young. Nancy tiene broncas con todo el mundo constantemente. Su camino en esta vida está sembrado de restos de amistades y amores. Ahora tiene casi cincuenta años y ni un solo amigo. ¡Ni siquiera uno! Ocasionalmente establece aquí o allá alguna nueva amistad que nunca dura demasiado. No tarda en decir o hacer alguna cosa imperdonable.

Aun así las vacaciones no están siendo del todo desagradables. Me he cuidado mucho de no decir nada que las estropee. La primera noche nos bebimos juntos una botella de vino

para cenar en su habitación, aunque el alcohol le suele sentar mal a Nancy y la vuelve irritable (ella se da cuenta, por eso pasa largas temporadas sin beber). Aquella noche el único efecto adverso que provocó fue que yo tuve que tragarme una perorata sobre cómo educar a un perro. Queenie se había subido a su cama y ella había decidido hacer un escándalo del asunto, no porque fuera su cama en particular, sino por una cuestión de principios; si los perros se acostumbran a que no pasa nada por subirse a las sillas o a las camas, lo harán cada vez que entren en la casa de cualquiera, y a esas otras personas no tiene por qué gustarles la idea. Los perros bien educados no hacen ese tipo de cosas etc., etc. Me maravilla esa reciente preocupación de mi hermana por lo que les gusta o no a otras personas aunque, por supuesto, no he dicho nada, como tampoco le he dicho nada, aunque sí lo he pensado, acerca de lo extraordinariamente grosero que es aleccionarme sobre mi propia perra. Sé que todo este galimatías se ha provocado por una sencilla cuestión de celos. A ella también le habría gustado vivir conmigo y cuidar a mi perra, pero mi tía llegó antes que ella y mi piso es demasiado pequeño para incluir a una segunda invitada. Tengo buenas razones para sospechar que Nancy está resentida con mi tía por vivir conmigo y que el sermón que me ha soltado se debe básicamente a eso. Yo había sido demasiado débil e indulgente con la perra, la había malcriado y ahora tenía que ser reeducada.

Al final terminé aburriéndome de la conversación y me limité a añadir que lo más probable era que tuviera razón, pero que las cosas eran así desde hacía tanto tiempo que seguramente ya no había manera de arreglarlas.

Acabó el sermón y pasamos a otros asuntos, todos ellos tremendamente desagradables, viejos y aburridos. Empezamos con su situación financiera. Su marido ha dejado de enviarle su pensión alimenticia, no ha recibido ni un penique de su parte en los últimos dos meses. Yo le envíé una suma de treinta libras al mes, cosa que está descalabrando poco a poco mi pequeña economía. Traté de dejar a un lado aquel

asqueroso tema sin poner de manifiesto mi generoso intento de ayudarla (mi ineludible obligación moral de ayudarla, diría ella, porque considera que no existe ninguna otra obligación de un hermano con su hermana) estuvimos pensando durante no sé cuanto tiempo en posibles cartas para los abogados y finalmente llegamos al último tema de su repertorio. El de que tiene que encontrar un trabajo. Este tema inaguantable, esa pérdida absoluta de tiempo sobre la que hay que dar vueltas y vueltas y vueltas sale a relucir todas las noches que voy a verla y desde hace ya más tiempo del que soy capaz de recordar. Lleva hablando de que tiene que conseguir un trabajo desde los últimos veinte años, evidentemente sin ninguna intención de conseguir ninguno. Cuando la gente quiere conseguir un trabajo lo que hace es salir a la calle a buscarlo, no atolondrar a sus familiares hablando interminablemente del tema. El día en el que Nancy esté mínimamente cerca de conseguir un trabajo de verdad, tendrá una crisis nerviosa. No existe trabajo que se le ajuste ni de lejos, igual que no hay en este mundo nadie que esté lo bastante loco como para darle uno. No existe trabajo, o al menos que yo sepa, que una mujer tan maleducada, interesada, vanidosa, egoísta, hipocondríaca, perezosa, irresponsable, inútil, ignorante y falta de talento como ella sea capaz de mantener ni una sola semana. Incluso si lo único que tuviera que hacer fuera trabajar como niñera o sacar a un perro a pasear fallaría a la mínima ocasión en que le doliera un poco la cabeza, o que no hubiese hecho de vientre, o que no se pudiera beber su té de la tarde. La he escuchado con paciencia y he respondido lo mínimo posible. Lo único que he contestado, tal vez erróneamente, cuando he visto que salía el tema, ha sido que hay ciertos trabajos hoy en día que pueden ser realizados hasta por las personas menos cualificadas, como clasificar cartas en las oficinas de correos. Finalmente se ha agotado el tema de los trabajos, como siempre, y nos hemos adentrado en la siguiente, asquerosa e inevitable alternativa de conversación: cómo lanzar de nuevo a los abogados a la caza y captura de Paul para que vuelva a pagarle su pensión alimenticia. Esa ocupación, al

menos hasta donde yo sé, es un verdadero trabajo, pero desde luego no para ella, sino para mí. Aun así, ella asegura sentirse desvalida y sin ayuda también en eso.

La noche siguiente —tras otra botella de vino— fui atacado por haber hecho el día anterior aquella sugerencia del trabajo en la oficina postal: al parecer la había ofendido y disgustado mucho. Que si me figuraba que ella podía hacer los trabajos propios de las haraganas, las prostitutas y las muchachas sin cerebro. Que le parecía insultante. Que ni siquiera se le había pasado por la cabeza hacer semejante trabajo, y que, por si fuera poco, ya era demasiado mayor para hacer esas cosas. ¡Qué complicada es! Ni siquiera se le ha ocurrido pensar que tiene menos cerebro, menos iniciativa, menos moral y menos energía que las haraganas, las prostitutas y las muchachas sin cerebro a las que desprecia y que a mí me parecen, sin ninguna duda, moralmente superiores a ella en todo. ¡Dios! ¡Dios! Pero no he dicho nada. He preferido no añadir más leña al fuego. Su idea parece ser que puede dedicarse a cultivar tomates en un conservatorio. Yo he asentido con la cabeza, ¿por qué no? A continuación se ha tranquilizado un poco y ha enumerado algunos trabajos que le parecía que concordaban más con su aspecto y sus dotes «organizativas»: recepcionista de hotel, por ejemplo, secretaria privada de algún alto cargo, vendedora de apartamentos. «¡Excelente!» he contestado yo a todo, mientras me imaginaba el infausto destino en el que acabaría hundiendo el hotel, el alto profesional o la empresa inmobiliaria debido a la ignorancia, la pereza y la falta de tacto de Nancy. También, ha añadido de pronto, podría ser taxista privada, si yo le compraba un taxi. Menuda idea para una persona que no tiene ni el más mínimo sentido de la orientación y que no es capaz de hacer una pequeña suma. He asentido con la cabeza sin decir nada. Sé perfectamente que no quiere un taxi en absoluto, que no lo conduciría si lo tuviera, y que no tiene ninguna intención de trabajar en nada. Sea como sea, esas son el tipo de cosas que se ve capaz de hacer, nada de trabajos rutinarios, nada de estar sentada todo el día (eso le afectaría a la

salud) y nada de trabajos con gente mayor, porque perdería la paciencia con ellos.

Ésa fue la música de ambiente y la vivimos sin mayor disputa. Durante el resto de nuestras cortas vacaciones se comportó bien. Agradables paseos por Cisbury Hil y Chanc-tonbury... aunque no tan interesantes como los que doy con Queenie por los jardines de Wimbledon, donde hay más opciones de juego.

En nuestro último día —con el tema del trabajo ya totalmente olvidado— regresamos, como ya había sospechado que ocurriría, al asunto del marido. «¿Cómo le podemos presionar?» ¡Podemos! ¡Realmente es una mujer extraordinaria! Ni siquiera me ha dicho: «¿Te importaría ayudarme?» Da sencillamente por descontado que no tengo nada mejor que hacer que pasarme horas consultando abogados y escribiéndole cartas. Pero no lo haré. «Al final con tu educada manera de llevar mis cosas lo acabas arruinando siempre todo». Aquella fue la forma en la que me dio las gracias la última vez por años de desvelos y trabajos, y todo sencillamente porque llegué con él a un acuerdo amistoso en el que se disponía, por medio de los abogados, que él le otorgaría una asignación reducida. Dejo aparte que él me produce mucha más lástima que ella. ¡Pobre tipo! A pesar de que su comportamiento de los últimos tiempos no fue apropiado hubo un momento en que me gustó mucho, y yo a él. Ella hace todo lo posible por arruinarle la vida, no me cabe duda de eso. No es de extrañar que esté aburrido de pagar —desde hace ya casi veinte años— la nada desdeñable suma de treinta libras en primer lugar, y luego veinte, estando, como está, lejos de ser rico. ¡Qué ley tan absurda una que obliga a mantener a una esposa abandonada para siempre! Lo justo sería que se limitara a un número de años, el tiempo suficiente para que a la mujer le diera tiempo a encontrar a otro hombre o a buscarse un trabajo. Hace años le insistí mucho para que se protegiera de su inseguridad —el dinero llegaba tarde con frecuencia, y a veces ni siquiera llegaba— y que hiciera alguna de aquellas dos cosas. Pero no lo hizo. Estuvo, eso sí, con otros

hombres, pero no del tipo apropiado (incapaces de comprometerse, casados, obreros) y siempre terminaba enfadándose con ellos y mandándolos a paseo. Y en cuanto al trabajo... en fin, el tema ha terminado convirtiéndose directamente en una broma para todo el mundo menos para ella. No siente ningún interés real ni por la gente ni por la vida. Durante veinte años ha estado viviendo una vida totalmente inestable y basada en una pensión alimenticia, una vida de cheques impuntuales, crisis financieras, cartas de abogados, telegramas subidos de tono y amenazas. Deplorable. Cuando estalló la guerra y le entró el miedo a todo el mundo, reinició su correspondencia personal con su marido (a quien todavía cree «amar») y le envió a su hijo para que el chico saliera de Inglaterra. Por una temporada se acabaron los abogados. Aquel arreglo fue bien durante unos años, y ahora el dinero ha dejado de llegar de nuevo.

También siento mucha lástima por ella. Hubo una época en la que tuvo belleza, juventud, dinero, un marido, un hijo, una casa propia, ahora es una mujer que está llegando a los cincuenta, vive sola, no tiene ni un solo amigo, se pasa el día en cuartuchos de hostales de 35 peniques al día en los que lava los platos en su propia bañera. No tiene nada ni a nadie, sólo a mí. Está dedicada a mí por completo y cuando está tranquila, de cuando en cuando, me ofrece lo mejor de su carácter, aunque también eso es terrible: «Estás matando a tu perra», «¿Cómo le podemos presionar?».

27 de octubre, 1948

Bunny me ha contado esta noche una larga historia de su juventud sobre unos perros amaestrados que vio una vez en una obra de teatro. Al parecer el marido (un terrier) se marchaba del hogar a una excursión de caza con un gorro de cazador y una escopeta al hombro; en cuanto salía de escena, la mujer (otra terrier) abría la ventana para escuchar la serenata de su amante (otro perro). Le invitaba a subir, el otro subía por la enredadera, se colaba, y ella le arrastraba hasta el dormitorio. Todo esto con los perros ridículamente disfrazados.

A su muerte en 1967, Ackerley legó sus diarios a su amigo el escritor Francis King. En la selección que King hizo de estos documentos, y que abarca un período de nueve años que comienza en 1948, Ackerley habla fundamentalmente de lo que él llamaba «sus mujeres»: su anciana tía Bunny, su perra pastor alemán Queenie y su hermana Nancy.

En estas páginas queda patente el amor que Ackerley sentía por su posesiva e irascible perra Queenie, y la tortuosa y fascinante relación que mantenía con su hermana Nancy, una mujer profundamente infeliz, dependiente, celosa y manipuladora, por la que Ackerley sentía una mezcla de compasión y odio. Estos diarios son una de las demostraciones más impresionantes de que el más común de los temas –la relación con una hermana a la que se detesta– puede convertirse en el más hipnótico prodigio literario.

Pero *Mi hermana y yo* es sobre todo un retrato impúdico del propio Ackerley, que nos desvela la ambivalente personalidad de este magnífico escritor, su misoginia, su amor por la naturaleza, su homosexualidad, su actitud ante el trabajo, o su relación con personajes de la talla de E. M. Forster y Siegfried Sassoon. Es, a fin de cuentas, un relato conmovedoramente bello sobre la naturaleza humana.

«Uno de los testimonios más escalofriantes sobre cómo se articula nuestro mundo sentimental en torno a los vínculos de familia».

ANDRÉS BARBA

